

## ANHELADA NAVIDAD

Bien conozco yo el destino que me aguarda, desde que me sacaron de mi casa hace unos minutos, separándome de mi hermosa pareja y de mis queridos hijitos.

La maldición que nos acecha a mí y a los míos desde tiempos lejanos, convertida ya en una macabra costumbre en la familia, desciende este año sobre mí, como una águila robusta lo hace sobre un indefenso ratón.

He escuchado abundantes historias sobre lo que ocurre una vez que entras en la caseta. Algunos graznan leyendas bastante creativas sobre dolor y sufrimiento. Otros, en cambio, se decantan por afirmar que la muerte es rápida e indolora. Yo no creo a ninguno de los dos bandos. Deberían cerrar el pico. Al fin y al cabo, jamás nadie ha escapado de esas cuatro paredes para contarlo. Saldré de dudas más pronto de lo que me imaginaba, dado que ya me tienen en frente de la puerta metálica agarrado del cuello.

Es irónico. La Navidad, como ellos lo llaman, se basa en pasar un día en familia, felices y comiendo cosas deliciosas. A nosotros nos lo arrebatan todos los años. Nunca estamos todos para cenar el 24. Siempre falta uno. El año pasado fue mi primo; el anterior mi padre.

Un hombre abre la puerta ante mis pequeños ojos. Al fin descubro el mayor secreto del mundo. Es algo decepcionante a la par que aterrador. Tan solo hay una mesa de madera, y una simple hacha pequeña parcialmente oxidada. Me colocan suavemente encima de la superficie llena de muescas. Uno de los dos hombres agarra el arma con una mano y sujeta mi cuerpo con la otra. Cierro los ojos. Pienso en mis hijos y espero a que todo termine. En ese momento alguien entra bruscamente dando un vasto portazo. Abro los ojos. Es el hombre que nos da de comer. Tiene una sonrisa de oreja a oreja. Abre la boca y exclama con tono jubiloso: -¿¡Pero qué hacéis primos!? ¡Qué este año cenamos gorrín! ¡Qué lo tengo recién traído del pueblo! ¡Estoy cansado de comer pavo todos los años!

Los tres hombres, entre risas, se dan un abrazo y unas cuantas palmaditas en la espalda. Yo, de pie sobre la madera, soy el pavo más feliz del mundo. Uno de ellos me coge del pescuezo y sin ninguna delicadeza me lanza a mi corral. Pero en ese momento lo que menos me importa son los modales. Corro hacia mi familia. Los abrazo y beso a todos, ¡Por fin una Navidad en condiciones! ¡Ambiente hogareño, una mazorca de maíz deliciosa y el cariño más verdadero que existe! En estos momentos estoy tan lleno de gozo que creo que no me haría falta relleno.

**MIKEL DELGADO ECHEVERRÍA**